

NOSOTRAS TAMBIEN EMPUJABAMOS

Kata Etxebarria

**Buruak amets gozoz beteta, sarritan utsik esteak
mendiak berekin ditu pozak, baitare une tristeak
zer naigabea famelia ta maite diranak uztea
gora euskaldun mendizaleak, gora zuen emazteak.**

Es curioso ver cómo un grupo que prácticamente no se conoce, de la noche a la mañana, se une y comienza una relación tan fuerte, hasta dar la impresión de conocerse de siempre, mozas, chicas, novias, mujeres... o como se nos quiera llamar.

La primera vez que estuvimos juntas no nos conocíamos todas y aquel encuentro fue un tanto superficial. Nos sonreíamos mutuamente sin decirnos nada pero diciéndonos mucho. En aquel momento nos empezamos a entender. A partir del 11 de febrero todo esto se acentuó. Cada una estaba en el puesto de otra y era cuando verdaderamente nos entendíamos. Las llamadas por teléfono eran continuas, cualquier noticia insignificante para nosotras decía mucho y por eso nuestros teléfonos estaban continuamente ocupados. ¡Hablábamos de miles de cosas!

Después de tantos meses de preparación, le habíamos cogido el truquillo a la cosa y nos sabíamos la ruta casi de memoria (como es natural en casa todas comíamos Everest) y yo diría que hasta nuestro lenguaje era casi profesional: «ahora están en la Cascada»... «van a instalar tal Campo»...

En cada llamada había algo nuevo y muy importante, aunque no fuera nada y de la misma, empezábamos a correr la voz.

Se puede decir que poníamos las «cartas sobre la mesa». ¿Qué te cuenta? ¡Huy, sí a mí eso no me dice!... con las «cartas abiertas» nos enterábamos de todo. Lo que uno no contaba lo decía el otro y nosotras, unas a otras, nos informábamos de todo. Queríamos saber todo lo más exactamente posible, todo tan exacto que estaba claro que lo que queríamos era estar allí.

Mucha gente nos decía: Pero, ¿no tenéis miedo? Esta pregunta asusta cuando la oyes por primera vez, lo malo es que se repite mucho y para nosotras no era más que la pregunta de siempre. Creo que la respuesta está bien clara: ¡No!



Uno de los templos de Durbar Square (Kathmandu), con columnas exteriores decoradas con motivos eróticos.

Foto: Iremain Uriarte

No estábamos preocupadas. El monte es algo que en nuestras casas hemos ido viendo poco a poco. Cada vez más grande, cada vez más difícil, más alto, más cerca. En el fondo todas esperábamos algo así, ¡¡¡UN 8.000!!! y todas teníamos muchas ganas de que hicieran lo que tanto deseaban. No se puede estar preocupada porque a ese monte lo tienes en casa. Son más o menos dos años de preparativos para una expedición y al final sólo te queda ¡Hay que hacerlo!

Esto recuerda un poco a las mujeres de los arrantzales; meses y meses en un pequeño bonitero lleno de riesgos, ¿y si no fueran?... las mujeres saben muy bien lo poco a gusto que habrían estado en el puerto.

Para nosotras la escalada es «el pan nuestro de cada día» y tanto es así que cuando se marcharon nos preguntábamos:

¿Qué hacemos aquí? Pero, desgraciadamente había muchas cosas que hacer. Ninguna estaba preocupada, pero si lo estaba, procuraba no entorpecer la silenciosa labor de apoyo que llevamos desde aquí.

Lo único que seriamente nos preocupaba era que las noticias no llegaban a su tiempo.

Una carta podía tardar de 15 a 20 días y lo único que ayudaba en este sentido eran los telex que llegaban y menos mal que Feli (1.ª dama de la expedición), desde Cegasa nos ponía al corriente de todo en pocos segundos.

Si hubiéramos tenido otro medio de comunicación más rápido, todas podríamos haber estado informadas personalmente de cada acontecimiento paso a paso. Creo que en su momento todas pensábamos instalar un teléfono directo con el Campo Base. La línea continuamente estaría ocupada. ¡Cuántas cosas hay para contar en esos días! El más insignificante detalle sin querer lo convertimos en un hecho importantísimo. Detalles tanto de aquí como de allí. La gente muchas veces no se da cuenta de esto y piensa que con las vagas noticias que se dan en los periódicos es suficiente. Cuando te metes en algo así cualquier cosa es importante. Hasta un mínimo dolor de cabeza, por ejemplo, y se sienten unas terribles ganas de estar allí y poder hacer algo. Son demasiadas las cosas que te unen, hasta el mismo monte.

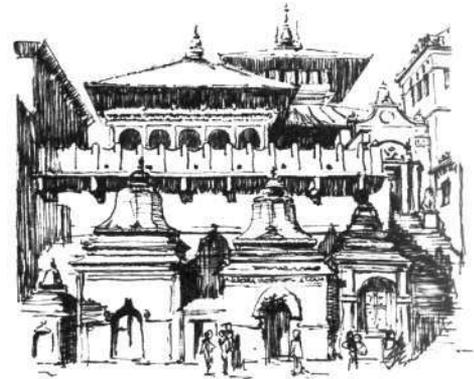
Lo que, desde el primer momento, estaba muy claro entre nosotras, era que de alguna forma había que estar allí. Todas habríamos querido estar en el Campo Base, pero tristemente era imposible.

Cuando todavía estábamos en los preparativos de la expedición, hablábamos de la posibilidad de ir allí. Era una forma un poco vaga de hablar, pues a todas nos parecía algo inalcanzable. Pero el 11 de febrero, cuando marcharon, nos dimos cuenta de que teníamos que llegar por lo menos hasta Kathmandú, de que debíamos

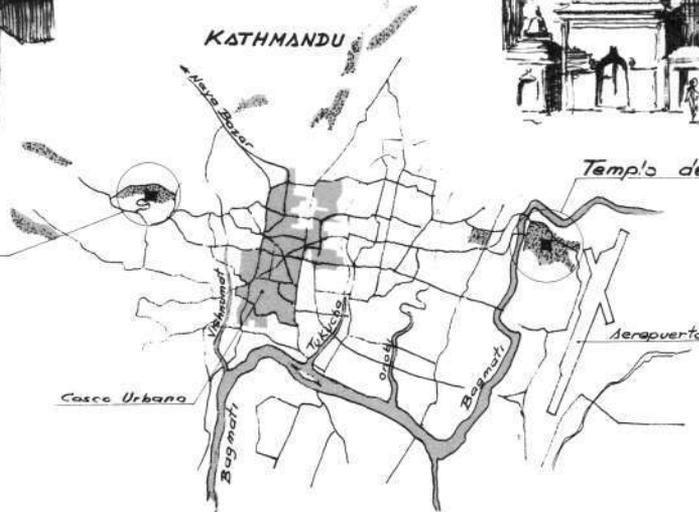
PLANO DE KATHMANDU Y LOS DOS TEMPLOS MAS FAMOSOS, UNO BUDISTA Y OTRO HINDUISTA



Templo de Swayambhu



Templo de Pashupati



estar allí y entonces no lo vimos tan imposible. Teníamos demasiado interés como para que la cosa no saliera.

En un principio cabía la esperanza de que nuestro viaje fuera subvencionado, aunque pensábamos que no podía salirnos tan bien y, en efecto, cuando ya teníamos la pera en la boca, todo se vino abajo. No importaba. Llegaríamos a Kathmandú y de eso estábamos convencidas. No teníamos dinero para el viaje y entre nosotras comentábamos: Tengo una alfombra que no utilizo... le voy a poner al pequeño en la esquina de la iglesia... Nos daba todo igual: que íbamos estaba claro. No había dinero pero sí muchas ganas y entonces llegaríamos. Y así, entre risas y deudas llegamos a Sri Lanka (Ceylán). Organizamos un viaje de familiares y amigos al que la agencia de viajes nos bautizó como «Relatives Expedición Vasca». Allí estábamos todos en Sri Lanka disfrutando de sus playas, sol, excelente paisaje y de su maravillosa gente. Es todo demasiado bonito para contar. Aunque la realidad es

que nosotras no nos enterábamos mucho de la fiesta.

Seguíamos sonriéndonos, de diferente forma, pero dicéndonos lo mismo. Ahora, sin querer, nos salía la carcajada. Los que disfrutaban verdaderamente eran el resto de los «relatives». Nosotras sólo pensábamos en llegar a Kathmandú. ¿Cómo estarán?, ¿qué nos van a contar? ¿Fue todo tan bonito como esperaban?, ¿ha sido duro? ¿Mucho? ¿Poco? Eran preguntas que continuamente nos hacíamos y nos las contestábamos de una y otra forma, perdiendo así de vista todo lo que nos rodeaba.

El viaje de Sri Lanka a Kathmandú fue algo de no olvidar. Eran cuatro horas de

vuelo, demasiados nervios para estar tanto tiempo mirando nubes por una ventanilla. En cuanto nos pudimos desatar los cinturones comenzaron a sonar unos alborotadores «clics». Ahí empezó la juerga. Cantábamos, bailábamos, bebíamos. Acabamos el viaje al son de compases de fanfarrias y bailando la jota en mitad del estrecho pasillo del avión.

En un principio el resto de los pasajeros no entendían nada. Nosotras sí, y no lo podíamos disimular: ¡estábamos locas de contentas! Al final todo el avión se unió a la juerga. Aquello parecía una txozna por cualquier cosa. Habría sido buen momento para hacer un aterrizaje forzoso. No nos habríamos enterado, es más, casi seguro que lo habríamos tomado a risa.

Era la última de las celebraciones que hacíamos de «relatives», luego vendrían las miles de celebraciones en común.

Y aunque parecía que aquel avión, de un momento a otro, se iba a caer, llegamos a Kathmandú sanos y salvos. Al salir del avión, cada una tuvo un momento de desconcierto. Perfectamente ellos podían no estar allí. Por un segundo dejamos de reír y pensamos: ¿Y si el Everest no ha terminado? Las últimas noticias al salir de Foronda no eran muy concretas. Pero allí estaban.

Nunca sabremos qué habría pasado si con la alegría que llevábamos no llegamos a ver ninguna cara conocida. Sin embargo, «helos allí», ante nosotras, con nosotras, todos juntos.

La próxima vez, desde el principio, iremos todos.



Comienza la incineración de un cadáver en el templo de Pasupathi. Las cenizas irán al río Ganges.

Foto Emilio Hernández